



CLAVES NIETZSCHEANAS PARA UNA CONSTRUCCIÓN POÉTICA DEL "YO"

NIETZSCHEAN KEYS TO A POETIC CONSTRUCTION OF THE SELF

Mercedes Carrillo¹

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Este trabajo plantea la posibilidad de la construcción poética del "yo" como opción constitutiva de la subjetividad. Algunas de las claves más importantes de la filosofía nietzscheana respecto a la crítica del sujeto moderno y la creación artística del entramado vital, nos permiten desarrollar una propuesta creativa alternativa a la identidad narrativa que supone una escritura en prosa de nuestra subjetividad. Desde la identidad como error epistemológico, la crítica al conocimiento, la distinción entre el sí mismo y el "yo", hasta el concepto de la creación artística de la subjetividad como ficción, el pensamiento de Nietzsche nos proporciona argumentos para interpretarnos como metáforas vivas, como movimientos poéticos. Analizaremos los beneficios que nos aporta esta propuesta y los motivos que nos han llevado a plantearla como opción hermenéutica y ontológica.

Descriptores: Nietzsche · Subjetividad · Ficción · Metáfora · Poético

Abstract: This work raises the possibility of the poetic construction of the self as a constitutive option of subjectivity. Some of the most important keys of Nietzschean philosophy regarding the critique of the modern subject and the artistic creation of the vital framework, allow us to develop an alternative creative proposal to the identity narrative identity that supposes a prose writing of our subjectivity. From identity as an epistemological error, criticism of knowledge, the distinction between the self and the "I", to the concept of artistic creation of subjectivity as fiction, Nietzsche's thought provides us with arguments to interpret ourselves as living metaphors, as movements poetic. We will analyze the benefits that this proposal brings us and the reasons that have led us to propose it as a hermeneutic and ontological option.

Keywords: Nietzsche · Subjectivity · Fiction · Metaphor · Poetic.

INTRODUCCIÓN

En el aforismo 299 de *La gaya ciencia* Nietzsche nos acerca la posibilidad de emular a los artistas en la construcción de un mundo propio bello y atractivo que nos permita sobrevivir rodeados de infinidad de cosas que no lo son. Nos invita a ser los artistas de nuestra propia vida, de nuestra propia subjetividad. Entendiendo el

¹ Investigadora predoctoral de la Universidad Complutense de Madrid. E-mail: mercca01@ucm.es

lenguaje como resultado de la capacidad metafórica humana, quiero plantear en este trabajo, la opción de una escritura poética del “yo”, convirtiendo así la construcción de la subjetividad en un ejercicio artístico.

Para Nietzsche el “yo” no es el que piensa sino una construcción del pensar, una ficción gracias a la cual se presupone una consciencia constante y única elaborada sobre un sí mismo para nada constante y unitario. La consciencia, la subjetividad y la identidad tienen una constitución lingüística y esa constitución lingüística se basa en la metáfora. Las palabras son el eco distante e intervenido de las percepciones sensoriales que tuvimos en un primer momento ante las cosas. Este eco es poetizado y convertido en un instrumento coherente que nos permite comunicarnos y sobrevivir en comunidad.

La construcción de la subjetividad, según la ontología hermenéutica nietzscheana, está adherida a ese lenguaje sujetado, a esa ficción creada con palabras solidificadas que nos permite la ilusión de un “yo” que mediante la repetición de hábitos y rutinas se identifica como subjetividad. Sin esta ficción los humanos seríamos pasto de la ansiedad paralizante ante el abismo del ser, por ello creamos subjetividades que actúan, relámpagos que resplandecen. Por analogía, si nuestro lenguaje constituye nuestra subjetividad y este a su vez, está construido por metáforas, nuestra identidad es una metáfora también y como tal, representa una semejanza entre dos objetos, lo que somos y lo que pensamos que somos.

En el aforismo de *La gaya ciencia* al que nos referíamos anteriormente (299, p. 251), Nietzsche nos propone como método creativo: “alejarse de las cosas hasta que mucho de ellas no se vea y haya que añadir mucho con la mirada para seguir viéndolas”. El alejamiento de la mirada propia hacia uno mismo, igual que hace el actor, el poeta, nos permite interpretar nuestra subjetividad como creación en constante proceso, como arte performativo vital. De este modo expresaríamos nuestra subjetividad como metáfora de lo que somos. Un sí mismo metaforizado en un “yo”.

Teniendo en cuenta estas ideas, como notas de una melodía, voy a componer una propuesta constructiva del “yo” en clave nietzscheana.

LA IDENTIDAD ES UN ERROR

El humano desde su comienzo ha ido acumulando errores, falsificaciones que le han permitido sobrevivir hasta ahora y a eso le ha llamado conocimiento. Errores engendrados en la vulnerabilidad, guiados por la voluntad de poder que nos permite subsistir. Conceptos estables y solidificados que generan un conocimiento



pobre y sin vigor, contrario a la vida. El concepto de la identidad como sujeto permanente ante el cambio, es uno de ellos. Confundir lo parecido con lo igual, lo metafórico con lo identitario, es el primer engaño, le siguen la creación de la metafísica que mantiene que todo lo racional es real para finalizar con la pulsión de verdad y la construcción de la subjetividad. Así habla el espíritu nietzscheano que posee estas líneas.

La sospecha creada por Nietzsche respecto a la construcción de conocimiento está fundamentada en lo equívoco del lenguaje, en la dictadura del logos y la lucha de pulsiones. La historia humana me obliga a ingerir las verdades, los conceptos arrastrados desde antaño convertidos en poder. En ese conflicto se encuentra el humano, entre la cárcel del lenguaje y el linaje, entre su pulsión de verdad y la supervivencia. ¿Hasta qué punto soy capaz de dudar sin caer en lo que llaman demencia? A todo aquello que no es lógico lo llamamos “loco”, desviado, como si aquello recto, bueno y lógico fuera algo externo a nosotros, un conocimiento pues exterior a mí, inasimilable, que no conozco nada más que por referentes. Como estrategia de control o autocontrol, creamos una subjetividad, la nombramos, la poseemos y la llamamos “yo”.

La lógica humana surgió de la tendencia poco lógica de considerar igual lo parecido. Todo lo que se parece no es igual pero la teoría del conocimiento ha instaurado este principio como verdad lógica. Un error parmenídeo que nos lleva a pensar como lógico lo que no duda, lo cerrado, la causa y el efecto que critica Nietzsche. Los pensamientos no caen en cascada autogenerativa en sentido lógico, caen atravesados, torcidos, caprichosos y corpóreos. Ya no son “meros signos de afectos, sino síntomas de ciertos juegos o luchas de los afectos o impulsos” (Parmeggiani, 2002, p. 136). El pensamiento está vivo y discurre según los impulsos dominantes. Las metáforas se suceden y en vez de aprovechar las posibilidades del lenguaje poético, la tradición humana se ha empeñado en contradecir la esencia de la metáfora y la ha solidificado, anulando su poder transformador. “Fue necesario que durante largo tiempo lo cambiante de las cosas no fuese visto, no fuese sentido” (Nietzsche, 2021, 111, p. 174). La amenaza de la multiplicidad provoca pánico y de ese pánico crecen los conceptos unívocos, el binarismo, lo lógico y la verdad. La propuesta nietzscheana tiene en cuenta la genealogía del conocimiento y los errores cometidos, para transformar así la voluntad de conocer y crear desde una “intuición y no un saber consagrado” (López Antoranz S., 2018, p. 231) nuestra conexión con la vida.

Nietzsche con su epistemología de la subjetividad, nos acerca a un conocimiento que es puente, como tránsito que conecta mundos. Nada rígido y estable, sino maleable y carnoso, sin rechazo a lo múltiple y que asimila el miedo a

perder la razón para poder así abrirse a la interpretación como el río que fluye al mar. ¿Y cómo? No se trata de abrazar lo irracional que tanta razón esconde, se trata de crear desde un origen nuevo. La opción de recuperar un conocimiento poético de las cosas se nos presenta como prometedora. Recuperar de nuevo el poder transformador de la metáfora y crear desde ahí pensamiento, subjetividad y consciencia. Asumir que cambiamos y que con nosotros cambia el mundo. Reescribir poéticamente el camino y aceptar que el lector interprete libremente la propuesta de todo lo que existe como experiencia propia.

Usamos el lenguaje para crear verdad, dice Nietzsche “me ha costado el mayor esfuerzo y todavía me lo sigue costando: convencerme que es indeciblemente más importante como se llaman las cosas que lo que son” (2021, 58, p. 118). El lenguaje, causante de nuestras verdades, herramienta de defensa en la dictadura del logos, alejado del cuerpo, nos propone una realidad retransmitida, hecha metáfora. Si hay alguna manera de afrontar una transformación epistemológica es desde una transformación en el uso del lenguaje. Rorty señala en su texto *Contingencia, ironía y solidaridad* lo siguiente: “Fracasar como poeta -y, por tanto, para Nietzsche, fracasar como ser humano- es aceptar la descripción que otro ha hecho de sí mismo, ejecutar un programa previamente preparado, escribir, en el mejor de los casos, elegantes variaciones de poemas ya escritos. De tal modo, la única manera de hacer remontar a su origen las causas del propio ser sería la de narrar una historia acerca de las causas de uno mismo en un nuevo lenguaje” (2003, p. 16). Transformar así el uso, contar de forma diferente, romper lo establecido y experimentar de nuevo la creación metafórica del lenguaje. Construir un nuevo concepto de subjetividad dejando a un lado la idea de una identidad cartesiana estable y fija que permanece en el tiempo, un error que contradice la vida en constante cambio y movimiento. Todo ello me lleva a proponer una nueva estructura constructiva en el uso del lenguaje que conforma la subjetividad. Utilizar el lenguaje poético para la composición de la ficción identitaria responde a una necesidad de acercamiento al cuerpo, al instante, al sí mismo.

EL SÍ MISMO COMO LO INCONSCIENTE

La crítica nietzscheana al pensamiento metafísico incluye la crítica a la consciencia como núcleo del individuo. En su investigación sobre la superficialidad de la consciencia y el carácter fenoménico del mundo interior, Nietzsche pone en duda la inmediatez del dato consciente. Para ello sigue dos caminos, tal y como señala Marco Parmeggiani: “uno, mostrar que no es un dato inmediato sino una



interpretación del acontecer interior del individuo y dos, mostrar que es una interpretación arbitrariamente simplificada, es decir, superficial” (2002, p. 131).

Para Nietzsche la consciencia es un cúmulo de datos que distan de ser el núcleo del individuo, por un lado, porque ese concepto es ya confuso en sí (la existencia de un sujeto pensante absoluto y central que ordena pensamientos lógicos que acontecen en nuestra consciencia) y, por otro lado, porque esos datos son productos de la interpretación y reelaboración de todo lo que ocurre en nuestro cuerpo. El pensamiento consciente para Nietzsche es entonces un fenómeno que, como tal, requiere de una realidad corporal a la que referirse. Es entonces cuando surge la llamada “paradoja del testarudo” nietzscheana; “¿no llega entonces Nietzsche a contradecirse a sí mismo y a caer en las mismas ilusiones que él reprocha a la metafísica - postular un ser más allá de las apariencias?” (2002, p. 132). Lo que Nietzsche pretende en mi opinión, es demostrar que la consciencia no es más que una interpretación de un fenómeno interior mucho más complejo y desconocido: el sí mismo. Esa conciencia, construye un “yo” que, para Nietzsche, está lejos de una interpretación fiel a ese sí mismo.

En el aforismo 8 de *La gaya ciencia*, habla Nietzsche de virtudes inconscientes, características de nuestra persona que desconocemos y que son diferentes a aquellas de las que somos conscientes. Tienen una diferente raíz evolutiva y no somos capaces de observarlas, pero además dice Nietzsche, “no son para nosotros adorno ni arma frente a otras personas” (2021, 8, p.72), insinuando que todas aquellas que sí son visibles, comparten sustrato consciente y como conscientes, tienen origen intersubjetivo. En este punto, Nietzsche subraya ya que en lo puramente inconsciente subyace nuestro sí mismo. Existen unas pulsiones comunes que compartimos, pero también existen otras que nos son propias como sujetos, pero de las que desconocemos tanto su origen como su lucha. Heredamos esas pulsiones de nuestros ancestros y forman la lava en nuestro interior que un día erupcionará y cubrirá nuestras vidas de repente, sacando a la luz fenómenos que desconocemos pero que han permanecido latentes en nosotros. Esta propuesta en clave de psicoanálisis me parece un acercamiento a una idea de subjetividad distinta y no mediada por el lenguaje a la que posteriormente daremos voz poética y con la que podemos ir construyendo una identidad en movimiento. De forma excepcionalmente bella Nietzsche nos acerca esta idea de este modo: “Todos nosotros tenemos dentro jardines y planteles escondidos; y, para decirlo con otra metáfora, todos somos volcanes en crecimiento, que tendrán su hora de erupción: sin embargo, cómo esté de cerca o de lejos esa hora es algo que nadie sabe, ni siquiera el buen Dios mismo” (2021, 9, p.73).

No sabemos quiénes somos, pero sentimos que escondemos misterios, impulsos desconocidos que pueden erupcionar de un momento a otro. Estos lugares ocultos nos pueden devolver una imagen de nosotros totalmente distinta a la que nos habíamos creado a causa de prestarle excesiva atención a las virtudes conscientes. Esta propuesta de inconsciente perteneciente al cuerpo y que escapa de las ataduras del lenguaje formal de la consciencia, formará parte del entramado de sucesos que componen un nuevo concepto de subjetividad que exploraremos a continuación de forma detallada.

LA SUBJETIVIDAD EN NIETZSCHE

Para Nietzsche no existe algo llamado subjetividad, así que, visto de ese modo, no podemos tratar la subjetividad en Nietzsche como si fuera un concepto en sí dentro de su filosofía, sino que nos vamos a referir a él siempre desde la crítica a la subjetividad que realiza en el desarrollo de su trabajo. Esto puede parecer problemático, pero si lo digerimos lentamente, nos permite entender mejor todo aquello a lo que se refiere Nietzsche cuando habla del “yo” (*Ich*), “sí mismo” (*Selbst*), identidad y subjetividad.

Cuando afirmo que la subjetividad no existe para Nietzsche a lo que me refiero es a que, para él, el sujeto es una ficción y la subjetividad un constructo; entendido sujeto como ser en sí mismo que posee una cualidad (subjetividad) que le permite tener una identidad. Esa destrucción del “yo”, de la identidad y del sujeto agente, nos puede llevar a querer crear una nueva forma de identidad basada en esa destrucción, pero eso lo considero un error. Yo hablaría en todo caso, de una nueva expresión identitaria que parte de la disolución misma de ese concepto. Una expresión identitaria generada por el entramado vital, la multiplicidad y la falta de un fin concreto. Es importante ser siempre conscientes de que hablamos de una expresión, de una ficción, de una interpretación. Nada más.

En este punto llegamos a otra paradoja de nuevo, si la identidad es una interpretación, eso significa que es la interpretación de algo, de un objeto, pero ¿existe entonces algún sustrato ontológico interpretable y transformable en identidad? Ante esta paradoja las respuestas son variadas. Mónica Cragolini, en su libro *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del “entre”* (2006) sugiere la hipótesis de la subjetividad como “entre”, donde se entrecruzan las fuerzas entre el sujeto y la des-subjetivación. No existe un “yo” organizador dominante sino un movimiento fluido entre los aconteceres. Consciencia, inconsciencia, agencia e identidad serían elementos de una masa vital mucho más amorfa de lo que pensamos. Desde ese



lugar, el “yo” creador compondría un mapa de caminos sin ningún destino aparente. Un caminar por caminar, un devenir. El “sí mismo” que actúa bajo ese “yo”, sería la corporalidad que transita esos caminos. Una presencia más cercana a ese “sí mismo”, nos permitiría extraer toda la experiencia posible de ese recorrido que llamamos vida. Nuestra identidad se convierte entonces en la interpretación de la experiencia del “sí mismo” en constante movimiento y cambio.

Es la necesidad de un mundo racional, inmutable y controlado, lo que nos ha llevado a crear una subjetividad que es ficción lógica, organizadora de un acontecer que no tiene lógica alguna, provocando con ello una crisis identitaria que Nietzsche intentará superar desde la deconstrucción del concepto de sujeto como ficción lógica y de la identidad como característica humana.

El animal humano en su vulnerabilidad se adhiere al saber científico como forma espiritual hegemónica que dicta el camino a seguir y que necesita de una máscara convencional para sobrevivir, una ficción; “se trata de una máscara inventada y empleada contra el poder nulificador y paralizante de la penetración dionisiaca de la verdadera realidad de la existencia” (Vattimo g., 1989, p.26). Ante ese pánico paralizante el humano construye máscaras, ficciones, conceptos que le den sujeción y estabilidad. Se trata entonces de ocuparse a fondo en la construcción de esa máscara, de no volverla vulgar y decadente sino transformadora. Crear máscaras que estén lejos de ser disfraces y que, en su variedad y riqueza, se vislumbre una naturaleza en movimiento que responde a un cuerpo, a una materialidad sintiente.

Para Nietzsche toda presencia humana es máscara, ficción, verdad devenida fábula, por ello, la variedad y capacidad de hacer máscara es un talento a desarrollar. Le atrae el oficio del actor por su capacidad de crear personajes, le parece el auténtico artista; “la falsedad con buena conciencia; el placer en el disimulo irrumpiendo como poder, empujando a un lado el denominado carácter, anegándolo, en ocasiones extinguiéndolo; el anhelo interior de introducirse en un papel y una máscara, en una apariencia” (Nietzsche, 2021, 361, p. 332).

En su necesidad de concreción, el humano manipula y controla hasta sus propias máscaras, de ahí que la capacidad artística del actor pueda ayudarnos a construir nuestro personaje con la distancia estética necesaria para transformar nuestro carácter en un fenómeno cercano al creado en un escenario. Para Nietzsche la existencia es soportable gracias a esa capacidad estética, gracias al arte “nos han sido dados ojos y manos, y sobre todo la buena conciencia, para poder hacer de nosotros mismos un fenómeno de ese tipo” (2021, 107, p. 166). En la identificación con lo dionisiaco, Nietzsche pretende la fusión con la máscara, extrayendo el efecto poetizante de todas las formas y usarlo a discreción en la creación del “yo”.

El humano en su soledad requerida por supervivencia se ha convertido en una presa de su propio soliloquio. Bajo mi punto de vista, Nietzsche lo que propone, es una reconstrucción de nuestro “yo” ficcional libre del peso de la moral, cercano al “sí mismo”, por ende, al cuerpo y a la tierra, pero por encima de todo, un “yo” que reconozca que es construido en comunidad, debido al grupo y perteneciente al conjunto de la humanidad y fuera de ella, al resto de seres que cohabitan con nosotros. Saber lo que me une al otro como principio de ser, porque lo que me une y no olvido, es lo que me distingue como naturaleza: la memoria y el destino.

Para Nietzsche somos una experiencia en construcción, caminantes sin meta que no saben que siempre están viajando. Como dice Cragolini; “a través del viaje, el hombre crece y se transforma, pero nunca se transforma tanto como para devenir lo otro de sí que impida su reconocimiento. Su esencia no es transmutada por el viaje, y se podría decir que todo el viaje no tiene otra finalidad que la de reafirmar la esencia puesta en peligro” (2000, p. 53). Porque lo que se mantiene durante el movimiento permanece como esencia de la historia, pero a través del cambio y la transformación. Eso no significa que el sustrato eche raíces, sino que es el puro movimiento el que arrastra consigo formas con las que construir la identidad. Digo aquí la identidad en el sentido de máscara, en la construcción del “yo” que sobrevive y camina hacia el sufrimiento y la esperanza. Como un héroe trágico que susurra al oído “llega a ser el que eres” (Nietzsche, 2021, 270, p. 230).

¿Y cómo llego a ser la que soy? Si el “yo” es una ficción, no sería mejor preguntar, ¿cómo creo mi propio “yo”? ¿En qué me baso? ¿Qué criterios utilizo? Para Nietzsche, la creación del “yo” ha de tener unas pautas claras, enumerémoslas:

- “Yo” no soy igual a mí en todo momento. El concepto de identidad no tiene aquí el sentido de la continuidad y coherencia de la personalidad que requiere la psicología. Lo único constante en mi subjetividad es la transformación, el cambio, el movimiento. La construcción del “yo” responde a la ‘ipseidad’ que conforma mi identidad. La variabilidad de sucesos que me ocurren, consciente e inconscientemente, afectan a la interpretación y formación de la ficción que creo que soy.
- “El yo en tanto que sujeto a leyes metafísicas es, para Nietzsche, una entelequia” (Nehamas, 2002, p. 212). Negando la subjetividad y el sujeto como agente, Nietzsche critica la obsesión de buscar un sujeto de la acción en el pensamiento moderno, para él las cosas que suceden dentro de mí no han de pertenecer a una subjetividad que yo reconozca como mía, invariable, permanente y mucho menos estable.
- Yo soy muchos “yoes”. La multiplicidad es fundamental para la construcción de la identidad en Nietzsche. Solo así seré capaz de admitir que no hay una



- subjetividad organizadora que controle el caos inherente de mi experiencia vital. Hay muchos líderes, dice Nehamas; “hábitos y rasgos de carácter diferentes e incluso incompatibles coexisten en el mismo cuerpo, de manera que diferentes pautas asumen el papel de líder en diferentes momentos. Así, nos identificamos a nosotros mismos de modos diferentes a lo largo del tiempo” (2002, p. 217).
- Mis pensamientos se contradicen continuamente con mis deseos y mis acciones. Es el poder organizador de todo ello lo que genera mi sensación de subjetividad, mi “yo” interno. La ficción controlada del sujeto pensante moderno responde a la necesidad de seguridad sin la que se hace difícil vivir. Nietzsche propone una construcción de la subjetividad abierta a la contingencia.
 - Yo soy mi cuerpo, no habito en él. Es mi punto de partida. La experiencia de ser cuerpo es la que me permite tener la experiencia de ser alguien. El sí mismo que soy, mi carne, es la que emite los mensajes que mi consciencia recibe. Soy ser sintiente antes que pensante.
 - Solo podemos tener la sensación de ser uno, no ser la unidad misma. Para evitar sucumbir al caos necesitamos tener la sensación de ser nosotros y de ser los mismos, pero es solo la sensación de unidad porque nunca somos uno. Estamos en permanente cambio y ese cambio nos construye, somos el movimiento de unión entre todos nuestros “yoes”. Somos el “entre”.
 - Son los demás, los espectadores de mi experiencia vital, los que dan unidad a mi “yo”. Son los otros los que me hacen sentir que soy una, a través de sus ojos me reconozco como sujeto único.

Como podemos ver, la subjetividad en Nietzsche contempla una serie de requisitos para su construcción que rompen con el concepto de identidad del sujeto moderno. Nehamas en su libro *Nietzsche, la vida como literatura*, pone un bello ejemplo de cómo podemos entender el “yo”, “no como una ciudad contemporánea construida sobre parámetros regulares, sino más bien como una ciudad de la Edad Media, con muchos barrios semiindependientes, vías indirectas de acceso desde un lugar a otro, y sin un centro de administración municipal fuerte” (2002, p. 218).

La creación del “yo” es un proceso vivo, escultórico, mediante el cual, configuramos una subjetividad espaciosa en constante crecimiento. Como una ciudad medieval, como un árbol, con caracteres ramificados desde nuestro pasado a nuestro futuro, creando un puente entre todas nuestras acciones y deseos. No existe un destino identitario, soy lo que soy a cada paso del camino y puedo cambiar de rumbo en cada recodo, porque manteniendo mi presencia en mí, no dejo de ser posibilidad y experiencia vital.

LA POESÍA EN NIETZSCHE

Para Nietzsche el “yo” no es el que piensa, sino que es una construcción del pensar, una ficción gracias a la cual se presupone una consciencia constante y única. El lenguaje es el material con el que construimos el “yo” porque no existe ni un sujeto del pensar ni de la acción. La dura crítica a la metafísica que lleva a cabo Nietzsche es tajante en eso. Nos hemos empeñado en sugerir siempre que una acción debe estar hecha por un agente, que lo que resplandece es el relámpago, que no puede existir el resplandecer por sí mismo. Continuando con este principio de agencia, el sujeto es el que debe pensar, no el pensamiento crear al sujeto, esto es falso para Nietzsche y causa de muchos de los problemas de los que adolece el pensamiento filosófico occidental.

Para el autor alemán, la consciencia, la subjetividad o el “yo”, la identidad, el conocimiento y la verdad tienen una constitución lingüística y su teoría de la formación del lenguaje se basa en la metáfora. En su reflexión genealógica sobre la semántica llega a la conclusión de que la metáfora permite reducir la diferencia y hacer familiar lo desconocido e inhóspito. Para conocer el mundo lo hemos habitado y dominado lingüísticamente, hemos metaforizado nuestro alrededor y lo hemos llamado realidad. Si seguimos a Nietzsche y a su filosofía, esa realidad no existe, es una ficción debida al uso poético del lenguaje. Por ello, si proponemos una creación poética de la subjetividad, es para intentar acercar esa ficción al origen metafórico del que partió. Debido a la formación y solidificación de los conceptos, la subjetividad se ha quedado estancada en un esquema de unicidad, identidad y utilidad, que no favorece nuestra relación con el mundo.

El aforismo 84 de *La gaya ciencia* dice: “¡la salvajemente bella sinrazón de la poesía os refuta, utilitarios!” (p. 138) y unas líneas más abajo vanagloria la utilidad de la poesía en la Grecia clásica, cuando el ritmo y la música de las palabras se proponían exaltar el espíritu y crear un efecto mágico en el oyente. Nietzsche considera que, a pesar de haber perdido la capacidad de transformación debida al verso, todos seguimos guardando dentro la posibilidad de exaltarnos al escuchar el ritmo lírico y sentir un pensamiento como más verdadero cuando nos invade a través de la poesía.

En el *Nacimiento de la tragedia* escribe Nietzsche: “las imágenes del lírico no son, en cambio, otra cosa que él mismo, y sólo distintas objetivaciones suyas, por así decirlo, por lo cual a él, en cuanto centro motor de aquel mundo, le es lícito decir «yo»: sólo que esta yoidad no es la misma que la del hombre despierto, empírico-real, sino la única yoidad verdaderamente existente y eterna, que reposa en el fondo de las cosas, hasta el cual penetra con su mirada el genio lírico a través de las copias de aquellas” (2004, p. 66).



La idea de liberar lo dionisiaco significa liberar la energía poetizante, más allá del temor y de la inseguridad que nos hacen producir “ficciones defensivas y encubridoras” (Vattimo, 1989, p. 34). Gracias a esa energía poetizante, es posible una identificación con la máscara y el abandono del mundo apolíneo en el cual somos personajes establecidos y cerrados a la transformación.

Si la identidad es una ficción, un trabajo lingüístico, ¿la escribimos en prosa o en poesía? En el aforismo 92 de *La gaya ciencia*, Nietzsche nos dice que “¡solo se escribe una buena prosa teniendo a la vista la poesía!” (p.147). El carácter teleológico de la prosa enturbia el espíritu libre de la poesía. La estructura narrativa encierra una finalidad siempre, un objetivo que alcanzar, un argumento coherente en su forma. Nietzsche defiende la falta de estos elementos en la tragedia griega que buscaba una impresión transformadora en el espectador, no la comprensión de una historia. La posibilidad de construcción identitaria desde la poesía nos ofrece una liberación de los amarres narrativos estructurados y una presencia constante en el lenguaje, una vivencia metafórica. Pero todo esto siempre pensando en ser buenos poetas porque los poetas mediocres también pueden quedar encerrados en la búsqueda de objetivos, en la obsesión por la rima, que podría traducirse a mi entender, en la repetición de actos mecánicos y formas de carácter con la intención de constituir una identidad coherente y estable, controlada y monótona.

En el aforismo 299 de *La gaya ciencia*, Nietzsche reduce a una frase el sentido de mi investigación: “nosotros queremos ser los poetas de nuestra vida, empezando por lo más pequeño y cotidiano” (p. 251). Esta concepción estética de la vida va más allá de la mera actividad artística, requiere de un alejamiento de las cosas para poder verlas de otro modo. Nietzsche nos dice que aprendamos de los artistas a crear con la vida igual que ellos crean con el arte. El alejamiento de la mirada propia hacia uno mismo, igual que hace el actor, nos permite interpretar nuestra identidad como una creación en proceso constante, como arte performativo vital. Al conseguirlo, podríamos decir que nuestros actos se convierten en actos poéticos, nuestra subjetividad en una ficción de creación propia y nuestra vida en la vida de un espíritu libre. Esta es la propuesta nietzscheana.

Nietzsche pretende encarnar la poesía, hacerla vida. En su lucha contra el utilitarismo y la subjetividad que avanza a favor de lo productivo, nos sumerge en una posibilidad sin objetivo aparente aparte del más importante, ¡vivir! Quiere hacernos artistas, bufones, poetas, para que así no nos avergoncemos nunca de lo que somos o de lo que nos sucede. Todo forma parte de nuestra experiencia vital y amarla es aceptarla tal y como es, sin pretender deformarla a favor de lo establecido y lo prudente.

LA CONSTRUCCIÓN POÉTICA DEL “YO”

Las claves que nos dejó Nietzsche a lo largo de su pensamiento son piezas del rompecabezas más difícil de todos, el que intenta responder al ¿quién? Aunque no seamos capaces de contestar a esa pregunta con total asertividad, sí podemos probar formas nuevas de construcción del “yo”, tal vez así podamos recontar otras ficciones, otros poemas. La metáfora que somos supone una subjetividad que no subyace, sino que se crea en suspensión, como palabra poética nueva del diccionario vital con el que nos elaboramos. Nuestra intimidad se escabulle y no puede ser objeto para nosotros, por eso necesitamos expresarla metafóricamente. El uso poético del lenguaje significa una renovación para vencer la erosión debida al desgaste de las palabras, liberándonos de una creación identitaria adscrita a la ratio, institucionalizada, y permitiéndonos la posibilidad de ser un sujeto menos sujetado, más arbitrario y libre.

¿Puede ser el “yo” una metáfora del sí mismo? Si el acercamiento que los humanos hacemos mediante el lenguaje a todo lo que no somos capaces de acceder directamente es metafórico, ¿qué más alejado de nosotros que nuestro *Selbst* según Nietzsche? La construcción del “yo” requiere una expresión poética del sí mismo. Un traslado de significados que acepten la semejanza, pero asumiendo la diferencia. Podemos decir que nuestro “yo” es una metáfora de nuestra carne, de nuestro cuerpo. Un poema hecho de versos que emanan de nuestra conciencia, fragmentos del sí mismo que gracias a un ejercicio metafórico, se transforman en subjetividad o al menos en la ilusión de poder llegar a ser uno. Muchos, tal vez todos.

La razón poética llevó a la filósofa Chantal Maillard a considerar el pensamiento zambraniano como pensamiento metafísico que renuncia a la unidad, y esa renuncia a su vez le llevó a un planteamiento distinto de la identidad, de la creación del sujeto. Para Maillard, el sujeto está compuesto de hábitos, recuerdos, ficciones. Nos dice “ver la propia vida como secuencias separadas debería ser lo natural. Pero el deseo de ser ‘yo’, de tener consistencia, de ser uno y el mismo, de ‘ser’, en definitiva, nos lleva a incrementar la velocidad de nuestros movimientos. Cuanto más movimiento, más se crece el ‘yo’ en su espejismo. Cuanta más rapidez, más engaño” (Maillard 2018, p. 126). Porque para Maillard como para Zambrano, la palabra cercana al cuerpo es la poesía, con ella conseguimos la expresión de la entraña. Si el sí mismo que habita el cuerpo consigue manifestarse en un “yo” poético, se nos permite ser materia expuesta, vulnerable y doliente, para después mostrarnos como elemento de creación, de risa, de voluntad. “Entre” esas fuerzas opuestas vivimos en carne propia el dolor más intenso y la alegría más luminosa, fuerza apolínea y dionisiaca en danza.



La poesía es el lenguaje mítico de las comunidades y la experiencia poética nos permite el abrazo de lo múltiple, evitando así la obsesiva individualización a la que conlleva la narrativización de nuestras vivencias. La construcción poética del “yo” implica un riesgo a ser menos comprendido y por ende menos aceptado por los demás, pero es un riesgo transformador y que en comunidad puede acelerar una visión más altruista y menos monetizada de nuestra identidad.

La subjetividad narrada convertida en dispositivo neoliberal de consumo nos obliga a identificarnos con lo estructurado y permitido, con las historias que debemos ser para alcanzar nuestra matriz de deseos. Estilos de vida convertidos en relatos y estos a su vez en subjetividades. El movimiento poético supone una ralentización en la autodefinición porque necesitamos más tiempo para elaborar la idea que tenemos del sí mismo. Es un propósito de escritura pausada y meditada de autoficción. Sin narrar precipitadamente ni caminar directo a un fin.

Paul Valéry en su teoría poética y estética, en su comparativa de la danza con el lenguaje poético, nos dice que la prosa es como el cuerpo cuando marcha en una dirección clara. Usando los mismos músculos y tendones que el bailarín cuando danza, las mismas palabras que el poeta cuando compone, su objetivo se consume cuando alcanza su meta que es el ser comprendido. Por el contrario, el bailarín baila en una concatenación de movimientos que son fin en sí mismos. Valéry nos dice “en los empleos prácticos o abstractos del lenguaje que es específicamente prosa, la forma no se conserva, no sobrevive a la comprensión, se disuelve en la claridad, ha actuado, ha hecho comprender, ha vivido. Pero, por el contrario, el poema no muere por haber servido, está expresamente hecho para renacer de sus cenizas y volver a ser indefinidamente lo que acaba de ser” (1990, p. 91).

Para llegar al acto poético hemos de adoptar un discurso poético. No se trata de una exclusiva pretensión esteticista de nuestra subjetividad. El uso poético del lenguaje implica cambios estructurales vitales que conllevan un acercamiento a lugares menos concurridos de nuestra identidad. Conocer es acercar, familiarizar, entablar relaciones y los humanos nos reconocemos metafóricamente. Contactamos con los estilos de escritura con los que se escriben los demás buscando una esencia, una rima, una repetición que nos identifique y que nos una, que nos permita formar parte del poema común y a la vez nos distinga. En el teatro vital nos regimos por las ficciones que creamos sobre nosotros, embarcados en un hacer utilitarista. Tanto el acto poético como el lenguaje poético, al igual que en la tragedia griega, nos propone fluir, ser rizoma y liberarse de la finalidad en pos del ritmo.

Porque si la vida es un sueño, queremos seguir soñando para sentirnos libres. Porque el espíritu libre es aquel que es capaz de crearse a sí mismo siendo consciente

de que lo moral, lo justo, lo verdadero, es una invención exterior a nosotros porque dentro de nosotros hay caos, confusión, desorden y belleza. Desde el conocimiento de todo ello podremos crear como artistas un “yo” en movimiento.

El humano contemporáneo está incómodo con su personaje, obligado a ser productivo, a ir a contrarreloj, a no parar a pensarse ni a sentirse. Ese humano ha aceptado el reto de la sociedad convulsa, pero le cuesta adaptarse al frenetismo al que se ve impuesta su subjetividad. Se encuentra desubicado, sin dios, dándole a la ciencia el poder de un rezo nocturno que le transforme y le lleve a otro lugar. Porque el humano moderno no quiere estar nunca en el lugar que está ni en el momento en el que se encuentra. Contra ello lucha el *amor fati* que heredamos de Nietzsche y que tanto anhelamos encontrar. Porque esa clase de amor solo se consigue con presencia, con la experiencia de existir a cada momento, amando y aceptando el movimiento huracanado que supone vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- Cragnolini, M. B. (2000). La metáfora del caminante en Nietzsche, *Ideas y valores*, 114, p.14.
- Cragnolini, M. (2016). *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del entre*. Buenos Aires: La cebra.
- López Antoranz, S. (2017). *Descubrir e inventar: Sintonías y discordancias entre ciencia y arte en la obra de Friedrich Nietzsche*. (Tesis para optar al título de Doctor en Filosofía). Universidad Complutense de Madrid.
- Maillard, C. (2018). *Cual menguando*. Barcelona: Tusquets.
- Nehamas A. (2002). *Nietzsche, la vida como literatura*. Madrid: Turner.
- Nietzsche, F., Sánchez Pascual, A., & Nietzsche, F. (2004). *El nacimiento de la tragedia o Grecia y el pesimismo*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (2021). *La gaya ciencia*. Madrid: Edaf.
- Parmeggiani, M. (2002). Perspectivismo y subjetividad en Nietzsche. *Analecta Malacitana*, Anejo XLI.
- Rorty, R. (2016). Contingencia, ironía y solidaridad. *Revista De Filosofía*, (p. 121–124). <https://revistafilosofia.uchile.cl/index.php/RDF/article/view/43073> Consultado el día 20 de abril de 2022.
- Vattimo G. (1989). *El sujeto y la máscara: Nietzsche y el problema de la liberación*. Barcelona: Península.
- Valery, P. (1990). *Teoría poética y estética*. Madrid: Visor.